

Paula Alonso

(Compiladora)

CONSTRUCCIONES IMPRESAS
PANFLETOS, DIARIOS Y REVISTAS EN LA
FORMACIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES EN
AMÉRICA LATINA, 1820-1920

Introducción

El escritor público es el gladiador generoso del pensamiento, que escribe día a día, a la faz de todo un pueblo y sobre la arena sangrienta del periodismo, las páginas calorosas que hacen vibrar de entusiasmo el corazón de las masas.[...]

El que discute no combate. El que discute por la palabra escrita o hablada renuncia a dirimir su cuestión por las vías del hecho. La discusión es inherente al sistema parlamentario, y es no sólo inherente sino esencial, como lo hemos dicho ya. La discusión es lo que constituye verdaderamente al gobierno parlamentario.

*Discutir es, pues, rendir un homenaje a la razón.*¹

El epígrafe pertenece a “Profesión de fe”, el editorial del primer número de *Los Debates*, el emprendimiento periodístico iniciado en Buenos Aires el 1º de abril de 1852 con el cual Bartolomé Mitre llamaba a “todas las opiniones a batirse en el terreno pacífico de la inteligencia y de la ley”.² Su primer párrafo se destaca por su exageración. Sólo contados escritores públicos podrían ser considerados “gladiadores generosos”, el periodismo rara vez era una arenoso de sangre y, en el siglo XIX, sus páginas –aunque “calorosas”– escasamente podían llegar a las masas y más escasamente aún hacerlas vibrar con entusiasmo. Los “gladiadores” eran más bien hombres polifacéticos que hacían de la escritura pública una de sus tantas aristas en un mundo donde la política se llevaba a cabo a través de una multiplicidad de formas, la mayoría

¹ Bartolomé Mitre, “*Profesión de fe*” y otros escritos publicados en *Los Debates de 1852*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1956, pp. 17, 22. El énfasis es mío.

² Ídem

de ellas –la violencia, las elecciones fraudulentas o incluso este tipo de publicaciones– hoy desacreditadas.

El segundo fragmento del epígrafe refleja, justamente, la naturaleza de estos escritos. Cada una de sus oraciones contiene el concepto “discusión” (como verbo o sustantivo), ya que discutir fue el objetivo de la prensa del siglo XIX. Decir que esta prensa era política, de opinión o partidaria sería una redundancia. Aunque informara, ésa distaba de ser su meta. La prensa irrumpió con fuerza en América Latina con los conflictos políticos e ideológicos que rodearon la Independencia y continuó siendo a lo largo del siglo, y aún entrando en el siguiente, uno de los principales ámbitos de discusión pública y una de las principales formas de hacer política. Y aunque inevitablemente defraudados, muchos de quienes escribían afanosamente en ella depositaron en su existencia la esperanza de que la discusión apaciguara las luchas persistentes.³ Además de protagonista en la vida política de la historia del siglo XIX, la prensa también se convirtió en una de las principales varas con las que se midió el grado de libertad de un gobierno y el nivel de “civilización” de una sociedad, siendo computada, junto con cifras de población, alfabetización, etcétera, en los primeros censos nacionales.

La prensa del siglo XIX y principios del XX comprendía un género de escritura pública que incluía panfletos, periódicos, diarios y revistas. Los primeros fueron de uso más frecuente en la primer mitad del siglo XIX, con una aparición intermitente en la segunda mitad (especialmente cuando la libertad de prensa era censurada) para prácticamente desaparecer en el siglo XX. Los periódicos y diarios, aunque presentes en la colonia, vieron expandir su crecimiento aceleradamente una vez lograda la independencia y, aunque en forma sinuosa, dicha expansión se sostuvo desde entonces aunque su naturaleza cambiara con el tiempo. Por sus características, las revistas fueron emprendimientos más tardíos, que comenzaron incipientemente a mediados del siglo XIX y llegaron a su esplendor en las primeras décadas del siguiente. Dada la transformación experimentada por la prensa a lo largo de dos siglos, escasamente la prensa de hoy podría definirse en sentido amplio y compartir el mismo género que las otras formas de escritura pública. Hay incluso poco de reconocible entre los diarios modernos – dedicados a distribuir información globalizada, financiados principalmente por sus ventas de tiradas en muchos casos masivas y por los avisos publicitarios y clasificados, que hacen de la imparcialidad en la transmisión de noticias su “profesión de fe”– y aquellos diarios de corta vida, pequeña tirada, de lenguaje violento y apasionado, producidos por quienes hacían política, además, con la

³ Véase, por ejemplo, Carmen McEvoy, “Seríamos excelentes vasallos y nunca ciudadanos’: prensa republicana y cambio social en Lima, 1791-1822”, en Iván Jaksic (comp.), *The Political Power of the Word. Press and Oratory in Nineteenth-Century Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, University of London, 2002.

pluma. Justamente, la amplia brecha entre la prensa de antaño y la del presente ha sido señalada como la principal razón por la cual su historia se mantuvo hasta escasos años atrás relegada como una subdisciplina poco transitada (más allá de como fuente) por quienes practican la historia política, la historia social o incluso la historia cultural.⁴

En parte esto se debe a que, como subdisciplina, la historia del periodismo tendió a colocar a sus ancestros dentro de dos versiones extremas. Mientras que algunos tendían a inscribirlos dentro de una tradición *whig*, como los gloriosos precursores de la libertad y la democracia, para otros, por el contrario, aquellos inicios representaban la leyenda negra del periodismo, una prensa que no se ajustaba a ninguna de las normativas de la prensa moderna y, por lo tanto, había cierta reticencia a incorporarla como antecedente.⁵ Ambas versiones se fundamentan en fuentes tales como los párrafos de nuestro epígrafe, en el cual la prensa es representada como la infatigable luchadora de las libertades que se abre camino ante la adversidad y como protagonista en esa lucha, opinando y discutiendo, pero nunca pretendiendo informar con imparcialidad.

Desde hace ya algunos años, sin embargo, el tema de la prensa ha alcanzado una singular centralidad en la historiografía. Este renovado interés, llamado “la nueva historia de la prensa”, se debe a una multiplicidad de causas.⁶ Además de la popularidad de textos como el de Jürgen Habermas y Benedict Anderson⁷ que han revitalizado el tema, el renovado interés es principalmente resultado del abandono de las interpretaciones extremas señaladas y de los logrados intentos por encontrar el significado de estos escritos en su entorno, no como antecedentes de algo que luego será muy distinto, sino como componentes clave de una situación dada. Este renovado interés también se ha registrado en diversos países de América Latina y ha dado lugar a importantes contribuciones individuales y a esfuerzos colectivos.⁸ Estos últimos no pretenden ser estrictamente

⁴ Aunque los pioneros de la historia cultural le prestaron particular atención al lenguaje, no se preocuparon por el tema de la prensa. Véase Jeremy Popkin, “The Press and the French Revolution After Two Hundred Years. Review Article”, en *French History Studies*, vol. 16, núm. 3, primavera de 1990, p. 67.

⁵ Carol Sue Humphrey, *The Press of the Young Republic, 1783-1833*, Westport y Londres, Greenwood Press, 1996, pp. 161-162.

⁶ Delinearlas escapa a la intención de esta breve introducción. Algunas de dichas causas han sido analizadas en Joan B. Landes, “More Than Words: The Printing Press and the French Revolution. Review Essay”, en *Eighteenth Century Studies*, vol. 25, 1, otoño, 1991, pp. 87-98.

⁷ Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Burgeois Society*, Cambridge, The MIT Press, 1996; Benedict Anderson, *Imagined Communities*, 2a ed., Londres, Verso, 1991.

⁸ Trabajos pioneros para América Latina en esta nueva dirección han sido los de Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985; Charles Hale, *The Transformation of Liberalism and Late Nineteenth-Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1989.

historia comparada, sino que aspiran a proveer ámbitos que posibiliten el intercambio entre las experiencias de distintos países y entre las diversas formas en que el tema puede ser abordado.⁹

Dentro de este marco se inscribe el presente volumen, que recoge trabajos presentados en el Simposio “Construcciones impresas. Diarios, periódicos y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina y Estados Unidos (1820-1920)”, que tuvo lugar en la Universidad de San Andrés, Buenos Aires, en mayo de 2002. La propuesta fue invitar a un grupo de investigadores a pensar sobre la prensa: aquellos escritos públicos por excelencia del siglo XIX y principios del XX. El resultado ha sido de una positiva heterogeneidad, donde la diversidad de objetivos y métodos proveen un rico muestrario de las distintas formas en que este género puede ser analizado y de la potencialidad de este ámbito que apenas comenzamos a transitar. Si discutir, como decía Mitre, es rendir homenaje a la razón, la prensa fue una homenajeadora infatigable. Lo sorprendente, como ha sido marcado, es que esta fuente fundamental de las discusiones a lo largo de más de un siglo adquiriese sólo recientemente su *pedigree* como elemento fundamental para el estudio de las ideas, las instituciones, la sociedad o, incluso, las relaciones entre distintas naciones, temas presentes en este volumen.¹⁰ Dentro de esta diversidad temática, los trabajos aquí reunidos tienen aspectos fundamentales en común. Todos ellos testimonian la importancia fundamental de la prensa durante el siglo que recorre el volumen. Dicha relevancia no radica en la cantidad de impresos ni en su número de lectores, sino en que la prensa era el vehículo de proyectos, el instrumento de debate, el propulsor de valores, uno de los principales medios de hacer política, de reproducir y construir imágenes de la sociedad en estos años. Los trabajos aquí compilados comparten además el interés de analizar la idiosincrasia de la prensa en su propio contexto. El volumen ha sido organizado con un criterio a la vez temático y cronológico.

En primer lugar, se han agrupado los trabajos referentes a la política, definida en sentido amplio. José Antonio Aguilar Rivera analiza en los panfletos y ensayos de Vicente Rocafuerte el significado de la dicotomía entre monarquía y república en Hispanoamérica durante la segunda década del siglo XIX. En *El Argos de Buenos Aires*, Jorge Myers explora el contenido y las formas de la idea de “nación” y unidad nacional en las Provincias Unidas del Río de la Plata, polemizando con la tesis de Benedict

⁹ Francois-Xavier Guerra, Annick Lempérière, y otros, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998; Iván Jaksic (comp.), *The Political Power of the Word*, ob. cit.

¹⁰ Como ha llamado la atención Brendan Dooley en “From Literary Criticism to Systems Theory in Early Modern Journalism History”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 51, núm. 3 (julio-septiembre de 1990), pp. 461-462.

Anderson sobre el rol de la prensa en la formación de los Estados nacionales.

Este tema es en parte retomado por Elena Plaza, quien, desde un ángulo distinto, analiza la contribución de la prensa en la formación de una conciencia nacional venezolana que a su vez propulsó el proceso de separación de la antigua Venezuela de la Gran Colombia. Marcelo Leiras, por su parte, se ocupa de analizar la forma en que los diarios intervinieron en el proceso constituyente chileno de 1833. Iván Jaksic ha revisitado a una figura que conoce bien, Andrés Bello, para resaltar la importancia de la prensa, su rol y sus límites, en una serie de polémicas sobre diversos temas en las que su protagonista se vio involucrado, como el reconocimiento de la independencia de Chile, el derecho, la lengua, la literatura y la historia. A través del estudio del jurado de imprenta en México entre 1821 y 1882, Pablo Piccato analiza la tensión entre la libertad de prensa y su abuso, y el rol jugado por el honor en dicha tensión. Elías Palti, por su lado, se ocupa de descifrar el impacto de la prensa mexicana en el sistema político de la Restauración (1867-1876), enfatizando su carácter performativo en ese mundo faccioso. Eduardo Posada-Carbó aborda las características de la prensa en Colombia durante la hegemonía radical (1863-1885), años en que por su notable proliferación los diarios y periódicos parecieron superar los constreñimientos estructurales que hasta entonces conspiraban contra su subsistencia. El análisis de *La Tribuna Nacional* y *Sud-América*, los diarios del partido en el gobierno en la década de 1880 en la Argentina, lleva a Paula Alonso a develar las tensiones ideológicas entre dos ramas del mismo partido, arrojando a su vez nueva luz sobre la crisis de 1890.

El otro conjunto de contribuciones se dedican al rol de la prensa en otros espacios sociales. Así, Ana María Stiven analiza la representación de la mujer en la *Revista Católica de Chile* a mediados del siglo XIX y la forma en que ésta definió su rol en los momentos más ardientes de la lucha contra la secularización. Los capítulos de Carlos Aguirre y Lila Caimari tienen una temática común: la criminalidad. El primero utiliza la prensa para analizar cómo se construyó la idea misma de “lo criminal” en la Lima decimonónica. Caimari, por otro lado, indaga la forma en que el crimen y sus protagonistas fueron representados por los periodistas de los grandes diarios del cambio de siglo en Buenos Aires. Finalmente, Álvaro Fernández Bravo analiza el proyecto de promoción de intercambio cultural entre Brasil e Hispanoamérica a través de la *Revista Americana*, publicada en Brasil durante la segunda década del siglo XX.

Panfletos, diarios, periódicos, revistas: su abordaje como objeto de estudio o como fuente primordial para el análisis de temas diversos han unido los trabajos de esta edición. Mis palabras finales están destinadas a agradecer tanto a quienes colaboraron con la

conferencia que reunió las ponencias originales como con la producción de este volumen. Naturalmente, la presente edición no puede reflejar la riqueza del intercambio generado durante los dos días de la reunión. Además de quienes participaron con sus ponencias aquí recogidas, dicho clima fue generado por un grupo de personas ausentes en estas páginas, pero cuya labor deseo destacar. Robert Buffington, Richard Kaplan y Eduardo Zimmermann presentaron ricos trabajos que por diversas razones no están incluidos en este volumen. Noemí Goldman, Alberto Lettieri, Mirta Lobato, Hilda Sabato, Sylvia Saítta y Marcela Ternavasio produjeron agudos y laboriosos comentarios a cada una de las ponencias. Tulio Halperín Donghi, a cargo de las palabras de cierre, nos deleitó, como siempre. A cada uno de ellos van mis más sinceros agradecimientos.

Tanto la conferencia como esta publicación fueron posibles gracias a un subsidio de The William and Flora Hewlett Foundation al Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés. Muchos miembros de la universidad colaboraron de diversa forma en la organización de la conferencia y mi especial agradecimiento se dirige a Robert Barros, Lila Caimari, Álvaro Fernández Bravo, Florencia Garramuño y Eduardo Zimmermann. Marcelo Leiras fue particularmente eficiente en superar los aspectos más engorrosos de la organización de un evento internacional en medio de la peor crisis financiera del país. Paula Bruno, muy generosamente, proporcionó el material gráfico utilizado en la difusión, habilidosamente diseñada por Nicolás Mármol, del Departamento de Computación. Patricia Tubby, asistente del Departamento de Humanidades, brindó su infaltable ayuda para ultimar detalles, así como también lo hizo Agustina Mémoli. Irene Munster y Silvana Pigglia, a cargo respectivamente de la Dirección y de los Archivos y Colecciones Especiales de la Biblioteca Max Von Buch de la Universidad de San Andrés, posibilitaron la reproducción de un editorial de *The Standard*, cuya colección completa atesora la biblioteca. Agustina Mémoli y Martín de Nicola colaboraron en la edición del trabajo. A todos ellos también van mis agradecimientos. Finalmente, mi mayor reconocimiento es hacia la Universidad de San Andrés, por su fortaleza en construir un proyecto educativo tan inusual en la Argentina.

Paula Alonso
Victoria, julio de 2003